

Naturalizar la inteligencia: La epistemología pragmatista según William James y John Dewey

Naturalizing intelligence: The pragmatic epistemology by William James and John Dewey

Novillo, Manuel ¹

¹Universidad Nacional de Tucumán
manuel.mnovillo@gmail.com

Resumen

Este trabajo explora la epistemología pragmatista a través de las propuestas de William James y John Dewey. La tesis principal es la idea de naturalizar la inteligencia, entendiendo el conocimiento no como un proceso metafísico sino como una actividad práctica inherente a la vida humana. Se discuten las críticas al escepticismo de la modernidad, presentando una concepción del conocimiento como una extensión continua de la experiencia humana. Además, se destaca cómo la verdad es entendida como un proceso que se construye en la interacción con la realidad, validándose en la medida en que las ideas funcionan de forma práctica en la vida cotidiana.

Palabras Claves: *Epistemología, pragmatismo, William James, John Dewey, naturalización, conocimiento, verdad*

Abstract

This paper examines the epistemological tenets of pragmatism as espoused by William James and John Dewey. The primary argument is the concept of naturalizing intelligence, understanding knowledge not as a metaphysical process but as a practical activity intrinsic to human life. The paper critiques the skepticism of modernity and presents a conception of knowledge as a continuous extension of human experience. Furthermore, it highlights how truth is understood as a process that is constructed in interaction with reality, being validated to the extent that ideas function in a practical way in everyday life.

Keywords: *Epistemology, pragmatism, William James, John Dewey, naturalization, knowledge, truth*

1 Introducción

La idea central en la charla de hoy es proponer un cambio en la forma de describir lo que llamamos *la relación de conocimiento*. La propuesta es empezar a describir el conocimiento como algo natural que los seres humanos hacemos: los seres humanos nos encontramos con problemas del mundo, reflexionamos sobre ellos y los resolvemos, o cuando menos intentamos hacerlo. Se trata simplemente de aplicar a los problemas de la epistemología, diría Richard Rorty, la máxima que usan inconscientemente las personas

en su vida diaria: hacer lo que les conviene, o, dicho de otro modo, lo que pueden con lo que tienen a su alcance. Los pragmatistas como John Dewey y William James consideran como algo poco importante la pregunta acerca de si conocer es posible o no. Se conoce, asumen, porque los seres humanos usamos el pensamiento con éxito en nuestra vida diaria. La pregunta sobre si es posible o no, está ya respondida, en gran medida: en gran medida sí, es posible, porque en gran medida manejamos la realidad, nos enfrentamos a ella, vivimos en ella, trabajamos en ella, y lo hacemos naturalmente. Esta es la propuesta que intentaré defender en esta charla.

Es John Dewey quien avanza la tesis de que naturalizar el conocimiento es el camino. Naturalizar, en este contexto, significará partir filosóficamente de la idea de que eso que llamamos “conocimiento humano” ocurre de hecho; es decir, que no existe una imposibilidad o frontera ontológica que les impida a los pensamientos de los seres humanos tener una relación con el mundo. Conocer –pensar con verdad– es algo que los hombres hacen, digamos, “naturalmente”: porque no tienen otro modo de estar en la vida.

Aunque sea tan sólo Dewey quien habla de naturalización, considero que la posición de James es la misma.

Lo que ambos filósofos proponen es dejar de ver el conocimiento como una relación o problema especial, es decir que involucra los pensamientos y las cosas de una manera distinta al resto de las relaciones que se entablan en el ámbito de la experiencia humana. Para estos pragmatistas, hay entre las ideas y las cosas una relación descriptible en términos prácticos; no hay necesidad de postular una dificultad filosófica más allá de los inconvenientes particulares que la vida práctica presenta. No hace falta suponer una oscuridad en algo que ocurre claramente en la cotidianidad: a saber, que las personas manejamos con nuestra inteligencia, con mayor o menor éxito, los hechos de nuestra vida.

Mi vocación, por ejemplo, de arreglar un motor de aire acondicionado se verá con las dificultades particulares que le impongan mi desconocimiento sobre la materia y también las averías que de hecho tenga el propio motor. Algunas serán dificultades intelectuales y otras del mundo concreto. Ambas, sin embargo, y aquí hay una distinción importante para el resto de esta charla, serán dificultades prácticas: entenderé al adjetivo “práctico” no como lo sensible en oposición a lo intelectual o inteligible, sino como lo particular en oposición a lo general. Una dificultad es práctica cuando resolverla haría una diferencia en algo particular de mi experiencia de la vida. No importa si son intelectuales o sensibles mis dificultades, importa si tienen una particularidad. La idea que utilice para resolver la dificultad también será práctica: mi problema puede resolverse mediante la teoría de la gravitación, mediante una apreciación de la poesía de Shakespeare o mediante la indicación de cómo limpiar el filtro del aire acondicionado. Todas son ideas prácticas en tanto se enfrentan a un inconveniente particular y hacen, así, una diferencia en mi experiencia de la vida.

2 Una nueva descripción

Empecemos por la forma en que Dewey enmarca el problema de la epistemología.

Para un pragmatista hay varias herencias pesadas legadas por el pensamiento de la modernidad. Probablemente la más pesada sea esa la tendencia de la filosofía de ver la experiencia humana de la realidad como un impedimento para acercarse a la realidad misma. (Descartes 2011) en sus *Meditaciones metafísicas* afirmó que dado que los sentidos pueden engañarnos debemos desecharlos como fuentes de conocimiento claro y distinto. En ese momento Descartes convirtió la desconfianza hacia la posibilidad de encontrar seguridades en la vida práctica en la actitud epistemológica por excelencia.

Esa actitud se trasladó a gran parte de la filosofía como un postulado tanto metafísico como epistemológico. Dejó establecida, por el lado metafísico, una diferencia marcada entre lo que las cosas realmente son y lo que nosotros experimentamos de ellas; ambos ámbitos son distintos en un sentido esencial. Y por el lado epistemológico, instaló un escepticismo que comparten muchas teorías de la época. Un escepticismo anticipado acerca de la capacidad del conocimiento a conocer eso otro, lo que no experi-

mentamos, lo que las cosas son en realidad. Si uno interrogara, por ejemplo, a filósofos como Descartes y Kant –permítaseme simplificar un poco acá- acerca de las certezas logradas por la ciencia, se daría (creo) con algo singular. Se daría con que ellos consideran que, al final de cuentas, esos logros no se deben al control inteligente que las personas, a través de teorías científicas, son capaces de tener sobre las circunstancias y problemas que el mundo presenta. Sino que, por el contrario, responderían que los éxitos de la ciencia se deben a la capacidad de la teoría científica de superar el impedimento ontológico que la experiencia establece al conocimiento humano. Es decir, tienden a pensar que el control mismo es tan sólo una consecuencia de que la teoría científica construye una especie de canal que nos relaciona con una parte de la realidad más profunda, una que supera nuestra mera experiencia humana con las cosas. La posición escéptica frente al conocimiento, muy influyente en la filosofía moderna, puede caracterizarse como la aceptación implícita de que la condición histórica y circunstancial de la naturaleza humana no puede sino desviar invariablemente a las investigaciones intelectuales en su búsqueda de la verdad. Para conocer, para pensar con verdad, lo que hay que hacer es superar esa barrera.

La propuesta epistemológica del pragmatismo es cambiar la forma en que se describe esa parte de la relación de conocimiento. El corte principal, en este sentido, que tanto Dewey como James intentan dar es con respecto al énfasis que se pone en la desconfianza frente a los datos que la experiencia humana de la realidad aporta. Dewey considera que esto significa comenzar a ver el conocimiento (o pensamiento verdadero) como la continuación natural de la experiencia humana. Es decir, dejar de concebir esta relación como algo que debemos establecer de manera especial y, por el contrario, empezar a ver que la continuación de la experiencia a través del pensamiento ocurre todo el tiempo. James proponía algo muy similar cuando afirmaba que no hay necesidad de presuponer una oscuridad o un misterio en esta vinculación. Para cumplir el propósito de naturalización lo primero que debe hacerse es librarse de la distinción que separa a la experiencia humana de la naturaleza cruda; o por lo menos, dejar de considerarla de interés epistemológico. El pensamiento, ya sea verdadero o falso, para el pragmatismo ocurre en un mundo con valores humanos. Dicho de otro modo, el material que sirve de objeto al pensamiento reflexivo no es la realidad cruda. El material es la experiencia humana de la realidad que, para ambos filósofos, es el único tipo de dato del mundo que los humanos pueden tener.

Tanto James como Dewey tienen desarrollos teóricos propios acerca de cómo se construye la experiencia humana de la realidad; es decir, opiniones sobre los detalles de la conformación de aquello que los seres humanos experimentamos. Estoy de acuerdo con Richard Rorty, en este respecto, cuando considera que esos detalles no son necesarios a la hora de hablar del conocimiento. Para entender las ideas que James y Dewey proponen tan solo necesitamos definir la experiencia como la marca total hecha por los significados humanos sobre el mundo. Es decir, el mundo en que los hombres ejercen el pensamiento es, para ellos, un lugar en donde nada existe en crudo, sino donde, como dice William James, todo está marcado por el trazo de la serpiente humana William James (1907, 64). Yo continuaré con esa definición, y siempre que hable de la experiencia humana de la realidad, que nos ocupará mucho hoy, no estaré intentando dar ningún detalle acerca de su constitución. No me interesará si son impresiones, ideas transcendentales, categorías o expresiones lingüísticas aquello con que los hombres “marcan” la realidad; lo único que me importa decir es justamente que la experiencia está en su totalidad “marcada” por lo humano.

Para Dewey, cualquier cosa, ya sea un evento, un acto, una máxima moral, una idea, una persona o un lugar, puede ser objeto del pensamiento; cualquier experiencia puede funcionar como la materia prima de la situación reflexiva. La entrada en la situación de pensamiento ocurre en el mismo momento en que una experiencia se presenta con un valor problemático para nuestra vida. Uso un ejemplo muy mundano: la botella cerrada tiene poco valor práctico para nosotros si nuestra expectativa acerca de ella es beber lo que hay adentro. La botella abierta, en cambio, tiene un valor más seguro y profundo. Para Dewey una situación problemática es una experiencia cuyo valor práctico nos resulta dudoso y frágil al momento de progresar en nuestra acción. En este sentido, que una situación pase a tener un sentido más seguro para nuestras expectativas es lo que un pensamiento exitoso debería lograr. “La medida de

su éxito, la calidad de su validez, es precisamente el grado en el cual el pensamiento deshace la dificultad y nos permite avanzar hacia formas más directas de la experiencia, que son inmediatamente poseedoras de un valor más seguro y profundo.” John Dewey (1903).

El proceso que nos lleva desde la experiencia original, la botella cerrada, al pensamiento de cómo abrirla y luego de vuelta a la acción que culminará con la botella abierta se vive con total naturalidad. No es necesario postular impedimentos filosóficos especiales para pensar el problema.

El conocimiento (el pensamiento reflexivo capaz de resolver problemas), en la descripción de Dewey, ocurre en el mundo de la experiencia humana, es decir en el mundo práctico en el que nosotros le damos sentidos particulares a los inconvenientes. La investigación epistemológica tradicional, empujada por la vocación heredada de la modernidad, por lo contrario, tiende a considerar que el conocimiento es justamente aquello que logra evitar (o sobreponerse a) la experiencia humana y práctica de la vida.

Ahora bien, si nos detenemos un momento en aquello que suele entenderse como problema epistemológico tradicionalmente nos daremos con algo que merece ser remarcado. Nos daremos con que, en realidad, el problema epistemológico visto por la perspectiva escéptico-tradicional se trata de algo que casi no involucra propiamente al conocimiento, si lo que entendemos por conocimiento se relaciona con formas prácticas de lidiar con el mundo de la experiencia humana. La investigación epistemológica, en su mayoría, se ha abocado a indagar una relación ontológica, la que existe entre la mente humana y la realidad cruda antes de que los hechos tengan valor humano reflexivo. Podríamos llamar a esta instancia “pensamiento constitutivo”: el pensamiento que preconscientemente implementa cierta determinación a las cosas para que luego nuestros sentidos y pensamientos puedan intervenir significativamente sobre ellas. Investigar esta relación sería preguntarse cómo, y hasta qué punto, el mundo está marcado por la naturaleza constitutiva de los seres humanos. Es decir: antes de ejercer el pensamiento reflexivo, ¿cuánto de lo que tomamos como punto de partida, o material primario para pensar, es la realidad y cuánto nuestra construcción de ella?

Para la versión del pragmatismo que hoy les expongo esta última pregunta en sí misma tiene poca importancia. El hecho de que nuestro pensamiento ocurra en un mundo constituido humanamente no significa un mayor misterio. Por el contrario, es un hecho. Lo único problemático que el pragmatismo ve acá es la pregunta de qué cosas hacen los seres humanos para estar en la vida a través de la construcción de sentidos más seguros y firmes para manejar la realidad. Como no tienen más remedio que hacer eso, que estar en el mundo naturalmente ejerciendo la inteligencia, la pregunta no es si es posible hacerlo, sino cómo lo hacen. Manejar la realidad a través de su inteligencia no es algo que ellos, los seres humanos, elijan hacer o algo que pueda abstraerse del resto de su forma de estar en el mundo. Es decir, para Dewey y James, el manejo de los objetos a través de la inteligencia es algo que ocurre continuamente en la vida humana; lo importante es reflexionar acerca del mayor o menor éxito de los métodos utilizados. Si hay algo como un problema del conocimiento es este último para ellos.

3 El problema epistemológico

Para Dewey toda situación reflexiva es problemática, lo es por definición. Si no hubiera un sector dificultoso en la experiencia, no ocurriría la reflexión. Cualquier situación problemática conlleva un problema de adecuación de ida y vuelta entre un grupo de hechos y un grupo de ideas: desde la apertura de una botella hasta una teoría científica. Como dije, el éxito del pensamiento depende justamente de cuánto de esa situación sea el pensamiento capaz de resolver con el material que dispone, en qué medida es capaz de transformar la dificultad en una experiencia con un valor más seguro y profundo. Y lo que nos guía en ese camino, lo que no guía para ir de un lugar a otro, es la función que nosotros estamos cumpliendo, es decir, nuestro objetivo –abrir la botella o explicar la razón por la que caen los objetos.

Eso pasa en toda función que cumplimos en la experiencia. El investigador científico –así como el hombre en la vida cotidiana- asume este proceder en su enfrentamiento con los problemas. La situación

reflexiva que los incumbe es la misma: ambos se enfrentan con una dificultad particular que ocurre dentro de la experiencia humana teniendo una función que los guía. “La diferencia”, afirma Dewey, “es el mayor control que la ciencia tiene del estado del problema y de la selección y el uso del material relevante, tanto sensible como ideal” John Dewey (1903). Es decir, lo que distingue a un pensamiento de otro son los métodos que se utilizan. Los métodos (ya sea el empleo de teorías avanzadas o de simples técnicas) parten de algún dato problemático y confuso de la experiencia. Este dato, dice Dewey, constituye el material primario de la reflexión. El material secundario -las ideas- trabaja sobre el sentido de ese dato, pero siempre con la vocación de volver a la experiencia. Es decir, el pensamiento funciona como un camino de regreso al objeto, un camino que al atravesarlo debería ser capaz de reforzar y enriquecer el valor y el significado de lo que antes era difuso y dificultoso. Cito a Dewey:

En una relación directa, en el contacto inmediato, [el dato primario] puede seguir siendo lo que solía ser – algo duro, coloreado, oloroso, etc. Pero cuando los objetos secundarios, los objetos refinados, son empleados como un método o una ruta para llegar hasta los primarios, las cualidades de éstos dejan de ser detalles aislados; obtienen el sentido contenido en todo un sistema de objetos relacionados; son interpretados como continuos con el resto de la naturaleza y tomados con la importancia de las cosas con las cuales ahora son vistas en continuidad. John Dewey (1929, 5).

No hay un momento en que el paso entre las esferas de lo mental y lo físico se sienta. En cualquier ámbito de la vida cotidiana las personas reconocen y diferencian sus pensamientos y los objetos del mundo sin confundir los ámbitos. Asumen el

ininterrumpido, libre y fluido paso de la experiencia ordinaria al pensamiento abstracto, de la idea al hecho, de las cosas a las teorías y viceversa. La observación se convierte en el desarrollo de hipótesis; los métodos deductivos pasan a usarse en la descripción de lo particular; la inferencia pasa a la acción sin ningún sentido de dificultad salvo aquel que puede encontrarse en el particular asunto en cuestión. La asunción fundamental es la *continuidad* en y de la experiencia John Dewey (1903).

Lo único confuso que hay en la situación reflexiva es lo problemático de la experiencia misma que la provocó, aquello que constituye la razón misma de que la situación ocurra. Asumir “la *continuidad* en y de la experiencia” quiere decir involucrarse con el mundo dando por supuesto que los pensamientos tienen una relación con lo práctico de la vida. Y asumiendo a su vez de que los objetos del mundo tienen, en gran medida, los valores que la trama histórica y humana de nuestra especie les ha dado. Para esta versión del pragmatismo la ciencia funciona en el mismo campo de la experiencia humana que el resto de la vida (y ampliaremos sobre esto más adelante); no posee una relación más cercana con la naturaleza última de las cosas. Para esta versión del pragmatismo, la ciencia hace lo mismo que el resto de la indagación de los seres humanos. Se enfrenta a una experiencia problemática, la toma de punto de partida particular y busca formas de resolverla, mediante las herramientas que tenga, sean estas teorías complejas o meras intuiciones. La ciencia como todo pensamiento vuelve a la experiencia para intentar dar una solución que en el caso de ser exitosa insertará al objeto en cuestión dentro de una trama de sentido y valor más firme y segura.

4 El sentido pragmático de la verdad

Ahora vamos a hablar un poco de William James y de la verdad.

James dice, en su importante libro *Pragmatismo* (1907), que la verdad, como todo diccionario explica, es una propiedad de las ideas. Son verdaderas aquellas ideas que acuerdan con la realidad y falsas las

que no. James conscientemente decide no explicar en términos metafísicos lo que “acuerdo o correspondencia con la realidad” puede significar. Cualquier filósofo, dice James, sea pragmatista o racionalista, piensa que para que la verdad ocurra debe haber cierto “acuerdo”; en esto no hay mayor problema. Pero en general cuando se quiere explicar lo que corresponder es, se cae en enrevesadas consideraciones trascendentales y constitutivas.

Una idea verdadera es aquella que podemos asimilar al curso de nuestra vida, que podemos hacer válida en nuestro accionar, que podemos corroborar y verificar en la experiencia. Las falsas, por el contrario, son las que no pueden cumplir estos requisitos. La diferencia entre tener ideas verdaderas y no tenerlas es la misma que existe entre ser capaz de dirigirse a los sitios de la experiencia a los que vale la pena ir y no ser capaz de hacerlo. Se trate ya de lugares físicos o del intelecto. El test pragmático (o regla del pragmatismo) es justamente aquel test que una idea aprueba cuando es capaz de hacer una diferencia en la vida práctica, práctica no entendida como concreta, sino como particular.

Lo que James destaca en *Pragmatismo* es que la indagación sobre el tema de la verdad tiene que comenzar por responder la pregunta sobre por qué los seres humanos buscamos lo verdadero. Es decir: ¿qué significa en la vida tener ideas verdaderas, qué diferencia práctica produce poseer una idea verdadera y no una falsa? James dice que no tenemos una motivación especial para buscar la verdad, la pretendemos porque su búsqueda forma “parte de nuestra obligación [humana] general de hacer lo que vale la pena. La retribución que aportan las ideas verdaderas es la única razón para seguirlas” William James (1907, 230).

Ahora cito a James:

“Acordar” con una realidad, en su más amplio sentido, *no puede sino significar ser guiado ya directamente hacia ella o bien a sus alrededores, o ser puesto en tal activo contacto con ella para poder manejar ya sea a ella misma o a algo relacionado a ella de un modo tal que no sería posible si no estuviéramos en “acuerdo” con ella.* [...] Cualquier idea que nos ayude a tratar, práctica o intelectualmente, la realidad o sus conexiones, que no complique nuestro progreso con fracasos, que *se adecúe*, de hecho, y adapte nuestra vida al marco de la realidad, estará de acuerdo suficientemente como para satisfacer la exigencia. Mantendrá la verdad de aquella realidad. William James (1907, 212-213).

La verdad no es una característica fija de una idea, es algo que le va ocurriendo a ella, algo que se construye en la experiencia, agrega James entonces. Una gran parte de sus críticos se tomaron estos dichos mucho más al pie de la letra de lo que él mismo jamás lo hizo. Bertrand Russell, por ejemplo, le respondió a James diciendo que al flexibilizar el vínculo entre ideas y cosas el pragmatismo consentía en afirmar la verdad de ideas sobre objetos inexistentes mientras éstas sirvieran en la experiencia¹. En parte, Russell no se equivocó con respecto al pragmatismo: es cierto que James quería decir –y siguió diciendo luego– que la verdad no era ese vínculo estático entre un pensamiento y un objeto que la epistemología pensaba. Sin embargo, cuando James dice que “una idea se hace verdadera en la experiencia” no significa que ontológicamente la relación llamada “verdad” se va creando mientras experimentamos la realidad. James intenta, en realidad, hacer énfasis en que la única evidencia que tenemos de la validez de una idea es ya su misma capacidad de actuar sobre la realidad. Lo que Russell no notó es que cuando él, Russell, habla de “ideas sobre objetos inexistentes” se está refiriendo a lo mismo que James nombra con “ideas que no sirven en la experiencia”. Eso lo comprobamos en que cuando pensamos que existe algo, pero verdaderamente no existe, la única manera de saber de la falsedad de nuestra idea será comprobando en la experiencia que ella no nos lleva al lugar donde queremos ir (o acaso no nos guía a lado alguno). Eso es lo que James quería decir.

Decir que un pensamiento es “verdadero” es tan sólo reconocer su capacidad de hacernos recorrer un camino hacia un objeto, reconocer su cualidad de hacernos progresar en la realidad en la cual nos

1. Cf. con “*Two English Critics*” en (W. James 1909, 272-86). En un trabajo más tardío (Russell 1946) dedica un capítulo al pensamiento de James y expone los acuerdos y desacuerdos que tiene con él.

involucra. Verdad, para James, es una forma de llamar al camino mismo en que la idea se valida. Dicho en términos deweyanos, la verdad es un posible nombre para aquello que ocurre cuando en la situación reflexiva la realidad nos permite trabajar con sentido y seguridad sobre ella. En el “conocimiento, dice James, no hay ningún misterio interno, sino tan sólo una cadena externa de intermediarios físicos y mentales conectando el pensamiento y la cosa. *Conocer un objeto es aquí dirigirse hacia él a través de un contexto que el mundo aporta.*” W. James (1909, 46. Énfasis del autor).

La ruta que una idea nos hace recorrer a través de la experiencia es el único fundamento que posee la relación llamada “verdad”. No existe otro sostén en el conocimiento que el hecho mismo de que haya un contexto que el mundo provee para que una idea pueda validarse o refutarse. Considero que tanto James como Dewey hubieran estado dispuestos a decir que una idea puede ser verdadera a lo largo del tiempo, acaso eternamente, en tanto su capacidad de guiarnos a través de la experiencia resolviendo los problemas lo demuestre. Lo que ellos, sin dudas, no deseaban aceptar es que fuera necesaria una garantía metafísica en la verdad, una garantía que esté por fuera del contexto de la experiencia. Estos pragmatistas no hubieran estado dispuestos a aceptar como sustento de la verdad de una idea nada más allá del camino y trabajo que hace esa idea para hacer una diferencia en lo particular de la vida.

5 Conocimiento “ambulante”

Para ir concluyendo, me gustaría retomar algo que anticipé y relacionarla con una noción más. Similarmente a Dewey, James dice que el ejercicio del pensamiento reflexivo ocurre con la aparición de algo nuevo en el horizonte de nuestra experiencia, ocurre cuando debemos incorporar algo que desconocíamos a nuestras viejas concepciones. Las ideas con muy similares entre los dos autores: donde James diría “nuevo” o “desconocido”, Dewey, como vimos, expresaría “problemático” o “con poco valor práctico”. Para ambos, este proceso de reconocimiento de lo nuevo o lo problemático en nuestra vida ocurre naturalmente. Surgen pensamientos e ideas nuevas para explicar fenómenos que antes no podíamos explicar, se nos ocurren explicaciones innovadoras para dar sentido a hechos que antes nos resultaban desconocidos y así las ideas nuevas se adaptan a nuestras viejas ideas en la corriente de la experiencia humana naturalmente.

James usa la palabra “*ambulatory*”, que podríamos traducir como “ambulante”, para describir esta característica de los pensamientos. El conocimiento aquí mantiene una relación como cualquier otra relación con la corriente de la vida, es un aspecto más de la forma en que las cosas del mundo mantienen su continuidad. Así, los pensamientos viejos se topan con cosas nuevas y producen ideas nuevas; estas ideas nuevas vuelven sucesivamente a las cosas en una relación “ambulante”. El opuesto de “*ambulatory*” es “*saltatory*” (saltador), que sería justamente ver al conocimiento como una interrupción en el curso natural de los hechos². La posición epistemológica heredada de la modernidad ha tendido a mostrar al conocimiento verdadero y en particular al conocimiento científico como una relación “saltadora” con respecto al resto de la experiencia. Para esta tradición una teoría es verdadera porque *salta* el curso natural de los hechos y se relaciona con algo que está más allá de la experiencia. No importa si estas cosas con lo que se relaciona ideas claras y distintas, categorías trascendentales del ser, átomos, moléculas, o el mundo de los entes originales; lo importante es que salta hacia ellas.

Sin embargo, con el conocimiento verdadero y la ciencia no ocurre nada distinto de lo que pasa con el resto de los pensamientos. En ellos también las viejas ideas se enfrentan a nuevos hechos y el pensamiento intenta congeniar los datos dentro de un marco de sentido en el curso de las expectativas de la investigación. Digamos que tenemos un papel en blanco frente a nosotros –voy a ampliar un ejemplo que James da en el libro *The Meaning of Truth*. Postulemos tres situaciones posibles de mi relación con ese papel: En primera medida, yo puedo simplemente haber estado buscando un papel, haberlo encontrado y tenerlo frente a mí. La segunda posibilidad es que yo esté dibujando algo sobre el papel, cualquier

2. Estas nociones están desarrolladas en “*A Word More About Truth*”, en W. James (1909, 136-61).

cosa, un objeto que está frente a mí como un jarrón o una manzana. Finalmente, también podría estar investigando la constitución molecular del papel. En los tres casos estaría ejerciendo el pensamiento para relacionar hechos y objetos con ideas. Ocurriría así si estuviera recorriendo la casa en busca de un papel; o mirando un objeto e imitando sus rasgos sobre la hoja; o aplicando una fórmula para conocer las formaciones químicas del papel. La ciencia es una forma más, entre muchas otras, de referirse y tratar con ciertas características de la experiencia. No hay una diferencia especial entre el pensamiento utilizado en el experimento químico y los utilizados en la búsqueda y el quehacer artístico. Los tres se distinguen en lo mismo: cada uno se rige –y aquí volvemos a Dewey– por un método diferente.

El hecho de que los métodos de la química molecular sean más especializados y específicos que aquellos que usamos para hallar cosas que buscamos en la casa no significa que las moléculas sean un sector *no ambulante* en la realidad del papel. Las moléculas son una parte más de la experiencia humana tales como las hojas y los lápices. No hay ningún *salto* epistemológico que separe al papel vivido como un soporte para dibujar del papel visto como un grupo de moléculas. Lo único que separa la primera situación de la segunda es la cantidad de tiempo de *ambulación* que exija la utilización del método apropiado para realizar inteligentemente cada una de las tareas.

Naturalizar la inteligencia es aceptar esta característica del pensamiento verdadero: aceptar que es una relación ambulante, un método más para guiarnos en la realidad con éxito. Para los pragmatistas como James y Dewey ni siquiera tiene sentido postular que hay algo más que la mera ambulación o los métodos, algo como “ideas”, “categorías” o “absolutos”. No tiene sentido postular esas nociones porque hacerlo no ayudaría en nada a lidiar con las dificultades prácticas de la experiencia humana, no ayudaría en nuestra obligación humana general de hacer lo que vale la pena. Los seres humanos usamos el pensamiento para guiarnos en la realidad, lo necesitamos, no tenemos más remedio que usarlo y testearlo en nuestra experiencia del mundo. Postular antes a los que el pensamiento debería *saltar* para convertirse en verdadero no nos ayudaría en la más mínimo en nuestra necesidad de desarrollar métodos inteligentes para manejar las circunstancias de nuestra vida. Singularmente, la actitud pragmática con respecto al conocimiento no era nueva cuando surgió ni es nueva ahora: es la actitud que cualquier persona toma cuando desea resolver con seriedad algún problema.

Referencias

- Descartes, René. 2011. *Meditaciones metafísicas seguidas de las objeciones y respuestas*. Traducido por Cirilo Flórez Miguel. Madrid: Gredos. ISBN: 978-84-249-2080-7.
- Dewey, J. 1958. *Experience and Nature*. Dover Books on Western Philosophy. Dover Publications. ISBN: 978-0-486-20471-0.
- Dewey, John. 1903. *Studies in Logical Theory*. New York: AMS Press.
- . 1929. *The Quest for Certainty: A Study of the Relation of Knowledge and Action*. New York, Putnam.
- James, W. 1909. *The Meaning of Truth: A Sequel to 'Pragmatism'*. Longmans, Green.
- James, William. 1907. *Pragmatism: A New Name for Some Old Ways of Thinking*. New York: Longmans, Green and Co.
- Kant, Immanuel. 2014. *Crítica de la razón pura*. Traducido por José Luis Villacañas. Madrid: Gredos [RBA Coleccionables]. ISBN: 978-84-473-7712-1.
- Rorty, Richard. 1979. *Philosophy and the Mirror of Nature*. Princeton University Press.
- Russell, Bertrand. 1910. *Philosophical Essays*. New York: Routledge.

———. 1946. *History of Western Philosophy*. Routledge.